

LA FESTIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA EN LA VILLA DE EZCURRA

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA

Cuando escribo estas líneas nos encontramos en el umbral del mes de junio, mes dedicado especialmente al sol, en derredor del solsticio de verano, identificado con la festividad de San Juan Bautista.

San Juanek esku baten sua eta bestean ura—San Juan, en una mano tiene el fuego y en la otra lleva el agua—, dicho sea en traducción no literal. Con esta celebración tendremos presente, pues, al sol y al agua, que nos llevan indefectiblemente al reino vegetal. El agua es un factor estimulante de creación, y con el fuego tenemos la propiedad vivificante del sol. No olvidemos que la representación de una cosa viene a ser la cosa misma.

El mundo vegetal es renovación, renovación que equivale a fecundidad en la vida animal y humana.

Parte de lo que acabo de apuntar, se pondrá de manifiesto en este pequeño trabajo, a través de la descripción de la fiesta en honor de San Juan Bautista en la localidad navarra de Ezcurra, donde algunos ritos arrumbados serán recordados junto a otros, vigentes en nuestros días.

En Ezcurra, para hablar acerca del solsticio de verano/festividad de San Juan Bautista, hay que tener en cuenta el día del Corpus Christi.

El piso de la calle por donde pasa la procesión del Corpus se ve ornado con hojas de saúco o *intxusa osto*, rosas o *arrosak*, etc., que concluida la manifestación religiosa, cada familia retira las que le corresponden *en propiedad*. Hierbas que las dejan en un atado o *xatuke* a secar en el desván, donde, algunas de ellas, las conservan hasta el fuego del 23 de junio o *San Juan sua*, como señalaremos de nuevo más adelante.

En la víspera de San Juan o *San Juan bezperan* acarrear a casa el número de ramas de espino blanco o *elorri zurie* que consideran preciso. Para llevar a cabo este menester se valen de un hacha pequeña o *aixkora txiki bat*.

Al espino se le hace una hendidura, *arrallatu edo lertu*, destinada a un pequeño palo o *ziri bat* adornado con parte de las hierbas bendecidas al paso de la procesión del Corpus Christi y unas hojas de laurel o *erramu ostoak* bendecidas el Domingo de Ramos. Con lo apuntado, las ramas de espino quedan en traza cruciforme o *kurutze forman*.

Por la tarde de este 23 de junio, el espino mentado se distribuye en los sitios marcados por la costumbre. Para realizar esta labor comienzan, por ambos lados de la puerta principal de entrada a la casa o *etxeko sarreran*, y lo mismo se hace en las ventanas. Una rama se fija en el suelo de la parte superior o *goiko aldean* de cada hierbal o *soroa* y pieza de labranza o *alorrea*. Mas antes de colocar este espino, que aleja el peligro del rayo o *tximista*, con la rama correspondiente se bendicen la casa, el hierbal y la pieza de labranza, diciendo: *tximista lekutu etxe, soro edo alor ontatik*, y, seguidamente, se reza un Credo.

Al atardecer o *illuntzean* el fuego se encendía en el cruce de caminos o *bidekrutzean*. Este era un medio—según lo tiene escuchado a sus mayores, Miguel Antonio Mariezcurrena—para alejar el peligro de cualquiera enfermedad. Por motivo parecido quemaban en la encrucijada de caminos el colchón que perteneció a un difunto. Esto se hacía—me dice el citado informante—ante la certeza o la duda de que el muerto fue víctima de un mal o *gaitza* contagioso o *kutsukoa*, y en este caso se aleje el peligro de enfermedad y los allegados del finado queden limpios o *garbituta*, a salvo del peligro de perder la salud. En el pueblo navarro de Zubieta, me contaba Josefa Loyarte que, por idéntica razón, efectuaban otro tanto en la confluencia de caminos o *bidagurutzean*.

En el fuego de la víspera de San Juan termina lo que queda del ramillete o *xatuke* del día del Corpus Christi y el ramo bendecido a continuación de la Misa Mayor del día de San Juan, del año anterior. Esta fogata, en la plaza o delante de algunos caseríos, la celebran los niños y los mayores, los hombres y las mujeres, tras decir en voz alta: *Urrin San Juan bezpera, sarna fuera*. Mariezcurrena ha conocido saltar sobre el fuego a la madre con el niño enfermo o *gaizki zegoala* en brazos, después de exclamar en tono implorador: *¡San Juan, umea ibiltzen dela jarri deilla!* (¡San Juan, que el niño pueda andar!).

En la mañana del día de San Juan, muy temprano y en ayunas o *baraurik* andaban descalzos o *ankautsik* en el rocío o *intzetan*. Había que moverse rápidamente en hierba corta o *belar motza*, de unos diez centímetros, por espacio de tres cuartos de hora por lo menos.

Entre los que recibían el rocío de la forma notada figuraban quienes lo hacían con fin preventivo para conservar la salud, al lado de otros que esperaban olvidarse de la dolencia que les aquejaba. El rito descrito se llevaba a cabo en otras mañanas del año; mas se practicaba indefectiblemente en ésta del 24 de junio.

En el transcurso de estas primeras horas del día de San Juan, otros vecinos de Ezcurra acudían a la fuente *Iturri gorri*, y perdónese la redundancia, algo apartada del casco del pueblo. Debían de su agua mineral o *ur gorria* y recogían este líquido en distintos recipientes para tomarla en sus respectivas casas. La fuente de agua mineral o *Iturri gorri* era frecuentada durante todo el año; pero de manera especial en esta mañana de San Juan. Su agua preserva de cualquiera enfermedad y sana de toda dolencia.

Como llevo dicho, a la Misa Mayor del día del Santo Precursor, sigue la bendición de los ramilletes o *xatukek* compuestos de las *San Juan loreak* o margaritas; *gaztain ostoak* u hojas de castaño, *geizi ostoak* u hojas de cerezo; *intxusa ostoak* u hojas de saúco; *lizar ostoak* u hojas de fresno; *intxaur ostoak* u hojas de nogal, rosas o *arrosak*, etc. Estas hierbas bendecidas en este día de San Juan, así como las ofrecidas en la festividad del Corpus Christi, reciben el nombre de *San Juan belarrak*.

Las *San Juan belarrak* tienen propiedades curativas. Se cuece un manojo de estas hierbas y el enfermo se sienta en una silla, con el recipiente en el suelo y entre los pies. Con el pecho desnudo y cubierto por medio de una manta que le cae desde la cabeza, recibe el vaho de la vasija, hasta que ésta pierda calor. A continuación, se acuesta o *goatzera joan*, bien abrigado.

En el caso de un ataque de reuma o *reuma airea* en una rodilla, ésta recibe el vaho de la forma que acabamos de describir, no olvidándose de decir: *belaun ontatik pasa dedilla bestera, ontatik joan dedilla emendik* (de esta rodilla—enferma—pase a la otra, y desde ésta se vaya de aquí).

Las *San Juan belarrak* cocidas se han dado de beber al ganado enfermo (I).

(I) En Ezcurra: Miguel Antonio Mariezcurrena Tellechea—72 años—. Casa *Kastenea*. El 8 de diciembre de 1973.

LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

MARIA TERESA GABARAIN ARANGUREN



En 1812, las Cortes de Cádiz creaban la Milicia Nacional, fuerza cívico-militar que como la Guardia Nacional creada por la Revolución Francesa, debía mantener el orden dentro del nuevo régimen. La milicia apareció y desapareció al compás de los avatares de la política española. En 1868, a raíz de la Revolución que había destronado a Isabel II, resurgió con el nombre de Voluntarios de la Libertad. Conocida como Voluntarios de la República en 1873 y Voluntarios de la Monarquía Constitucional después de la Restauración, fue disuelta definitivamente en 1875.

La milicia tuvo carácter urbano y estuvo formada por gentes de clase media, comerciantes, artesanos y también personas relacionadas con la industria. Su ideología estaba próxima al Liberalismo progresista y apoyó con entusiasmo a Espartero. En el País Vasco, se distinguió en la lucha contra el Carlismo.

En julio de 1869, tras una turbulenta manifestación carlista, varios vecinos pidieron al Alcalde, Salvador Lecuona que se constituyera en la villa la milicia de los Voluntarios de la Libertad. Algunos notables, como Manuel de Elicechea, contribuirían con aportaciones económicas. En septiembre del mismo año, el Gobernador Civil se dirigía al Alcalde, recomendando la lectura de «El Vigía de la Milicia Nacional», único periódico dedicado a la institución, para «propagar las doctrinas de orden, explicando los derechos de los Voluntarios y sus obligaciones».

En 1869, había en Rentería 72 Voluntarios, aumentando su número los años siguientes. Sus nombres se conocen gracias a las listas enviadas por el Ayuntamiento a las autoridades. En 1873 los Voluntarios eran:

Capitanes: Miguel Tabuyo, Teodoro Gamón.

Tenientes: Manuel Lecuona, José Ramón Illarramendi.

Alfereces: Antonio Azcue, Saturio Arizmendi.

Sargentos de 1.º: Hermógenes Balzola.

Sargentos de 2.º: José Angel Ciaurriz, Martín José Michelena.

Cabos: Próspero Cantonet, Luis María Berrondo, Justo Sorondo.

Cornetas: Tomás Arocena, José Manuel Bidegain.

Voluntarios: Ramón Olaciregui, Sebero Michelena, José Martín Garmendia, Ignacio Salaberría, Miguel Arroqui, Miliano Urquiola, Timoteo Arizmendi, Francisco Salzamendi, José Benito Imas, Félix Vallaure, Nicolás Arburua, Felipe Belamendia, José Agustín Erviti, Lucas Gamón, José Antonio Uranga, José María Irizar, Fermín Iturralde, Ramón Erviti, Manuel Osinalde, Nicolás Olaiz, Fermín Errazquin, Francisco Salzamendi, Martín Otegui, Santiago Elorza, José Manuel Ezponda, Antonio Pérez, Francisco Echenagusia, Santos Uranga, Domingo Sarvide, Ramón Zuazola, José Antonio Olascoaga, Manuel Arocena, Agustín Eizaguirre, José Antonio Sarazola, Juan Miguel Belamendia, Marcos Brusin, José Antonio Urtizberea, Mariano Estal, Ignacio Arizcorreta, Sebastián Arizcorreta, Vicente Salzamendi, Juan Ignacio Belamendia, José Pastor, Claudio Lecuona, Tomás Erviti, Lázaro Bengoechea, Antonio Madariaga, Fructuoso Olló, Francisco Zalacain, Miguel Antonio Illarramendi, Antonio Lujambio, José Antonio Garmendia, José Julian Iturria, Marcial Olaciregui, Sebastián Recalde, Martín Retegui, Juan Ignacio Urigoitia, José Antonio Loinaz, José Martín Olano, Antonio Urcola, Pedro Miqueo, Agustín Huici, Policarpo Echeverría, Juan María Elicechea, Ignacio Pérez, Vicente Salaberría, Martín Sarazola, Vicente Guilisagasti, José Arrache, Miguel Domingo Garmendia, Domingo Estal, Ignacio Garmendia, Fermín Arocena, Juan Menendez, Jorge Lamy, Victoriano Orbeagozo, Francisco Olaciregui, Enrique Lamfus, Pablo Zeppenfeld.

El uniforme de los Voluntarios consistía en pantalón de lienzo con franjas de bayeta verde, blusa y boina colorada con chapa metálica. La boina roja no era aún símbolo carlista, sino todo lo contrario. El pantalón con franjas verdes, costaba 40 reales, la boina, 12 reales y la canana con su correa, más de 36 reales. En tiempo de guerra cobraban los Voluntarios un plus de campaña: 1 peseta con 50 céntimos al día los Voluntarios; 2 pesetas, los Cabos; 2,50 los Sargentos y los Oficiales, como los de tropa. Para atender a los gastos de la milicia, el Ayuntamiento tendría que crear un impuesto municipal extraordinario. La administración correría a cargo de una comisión formada por Salvador Echeverría, Matías Samperio,